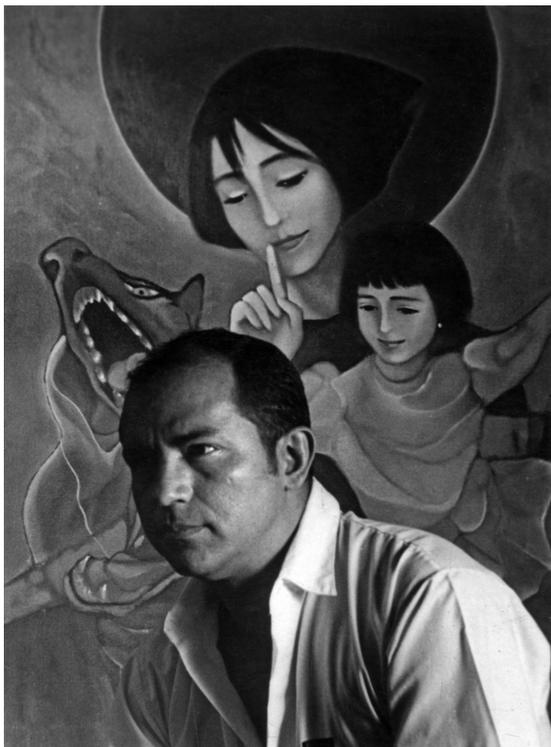


Moisés Becerra entrevistado por Longino Becerra: dos iconos del arte hondureño nos han legado sus impresiones sobre el papel del artista en la sociedad

En julio del año 1972 la *Revista de la Universidad* publicó en su edición No. 6 una entrevista realizada por su director Longino Becerra (1932-2018) al artista Moisés Becerra (1926-2018), ambos hermanos y verdaderos iconos cuando tratamos el tema de la historia del arte hondureño en el siglo XX. Su legado es ampliamente reconocido, el primero como uno de los pioneros en la escritura formal sobre crítica de arte y el segundo ha sido de los artistas plásticos más renombrados de Honduras tanto a nivel nacional como internacionalmente. Este año 2022 se cumplen cincuenta años de publicación de esta trascendental entrevista que nos muestra la erudición del pintor al expresar su forma de ver y sentir el arte por él creado, así como del papel del artista en nuestra sociedad, discusión perenne que hasta el presente suele plantearse no sin suscitar polémicas entre defensores y detractores del arte social comprometido con su sociedad y su destino.

Por varias consideraciones, esta entrevista muestra al menos tres importantes legados. El primero es el acierto de realizarla Longino Becerra como director de la revista, el segundo las palabras de Moisés Becerra compartiendo sus impresiones sobre su legado artístico y el tercero

nos muestra también una faceta no muy conocida de otro gran artista hondureño como lo es Juan Ramón Laínez, a quien debemos la diagramación de esta edición No. 6 de la *Revista de la Universidad*, diseño editorial que no debemos olvidar fue realizado cincuenta años atrás con otros medios completamente diferentes a la tecnología del presente, pero que desde esas ahora ya lejanas cinco décadas atrás, nos mostraba evidentes signos de modernidad. Por ello consideramos oportuno incluir en esta sección de *Memoria gráfica* la transcripción de esta entrevista, acompañada de imágenes de los participantes en ella y de la obra plástica de Moisés Becerra que nos ayudan a entender mejor sus palabras y su muy particular visión del arte y del lugar que debe ocupar el artista en la sociedad.



Retrato de Juan Ramón Laínez. Autor y fecha desconocidos, copia en papel fotográfico 8.83 x 12 cm. Esta imagen pertenece a la colección documental del poeta Roberto Sosa.



Longino Becerra ha sido uno de los mayores estudiosos de nuestra sociedad, sus aportes al tema de la historia del arte hondureño a la fecha no han sido superados. Fotografía por Agustín Gallardo, negativo en película blanco y negro formato placa 4 x 5. Ca. 1994.

En sus reflexiones, el artista Becerra señala la sobrehumana pasión que debe tener el pintor hondureño para dedicarse al arte en sociedades que como la nuestra adolecen de incentivos o apoyo ya sea de carácter privado o institucional para la práctica o el disfrute artístico, Becerra les llama con justa razón *Quijotes*, siempre luchando contra gigantescos molinos reales o imaginados, murallas invencibles o débiles paredes destruibles con un vehemente pincel. Otro pensamiento importante es la reflexión que el artista hace de la convocatoria a la Primera Bial Centroamericana realizada en el año 1971 en San José, Costa Rica, un evento que marcó un punto de inflexión en el arte pictórico de la región centroamericana que aún despierta celos y que a nivel país todavía no hemos estudiado a profundidad.

La *Revista de la Universidad* contaba en ese 1972 de 90 páginas impresas en blanco y negro sobre hojas de papel bond tamaño 20.6 x 25 centímetros, su lomo era engomado y engrapado. Su portada era impresa en cartulina blanca en una tinta directa color naranja y su publicación era responsabilidad del Departamento de Extensión Universitaria de nuestra universidad.

Moisés Becerra: una entrevista

¿En qué escuela o corriente de la pintura contemporánea se considera usted inscrito?

En relación con las experiencias artísticas realizadas anteriormente y con la etapa actual, mi pintura se desarrolla y sitúa dentro de las corrientes de la neofiguración plástica, las cuales dominan, desde luego, nuestra época.

La neofiguración ofrece grandes posibilidades al pintor. De acuerdo con sus reglas y principios, el artista no se aleja de la realidad, no se aparta del mundo objetivo, pero tampoco se convierte en esclavo de las cosas o de los hechos. Su misión consiste en someter la realidad una estructuración estética para expresar con ella un valor humano esencial.

Naturalmente, ese valor no se toma de la imaginación ni se extrae de una actitud caprichosa frente al mundo. Eso daría un resultado muy pobre, sin sentido de época. En realidad, el valor humano expresado a través de una figuración modificada, es rigurosamente histórico: está determinado por las circunstancias que rodean al hombre y que le exigen definirse ante un conjunto muy grande de responsabilidades.

El hombre abstracto no existe más que en el mundo de los filósofos idealistas. Lo que verdaderamente existe es el hombre concreto; el hombre histórico. El arte, pues, se enfrenta a la realidad objetiva para convertirla en lenguaje de aquellos valores humanos que constituyen el

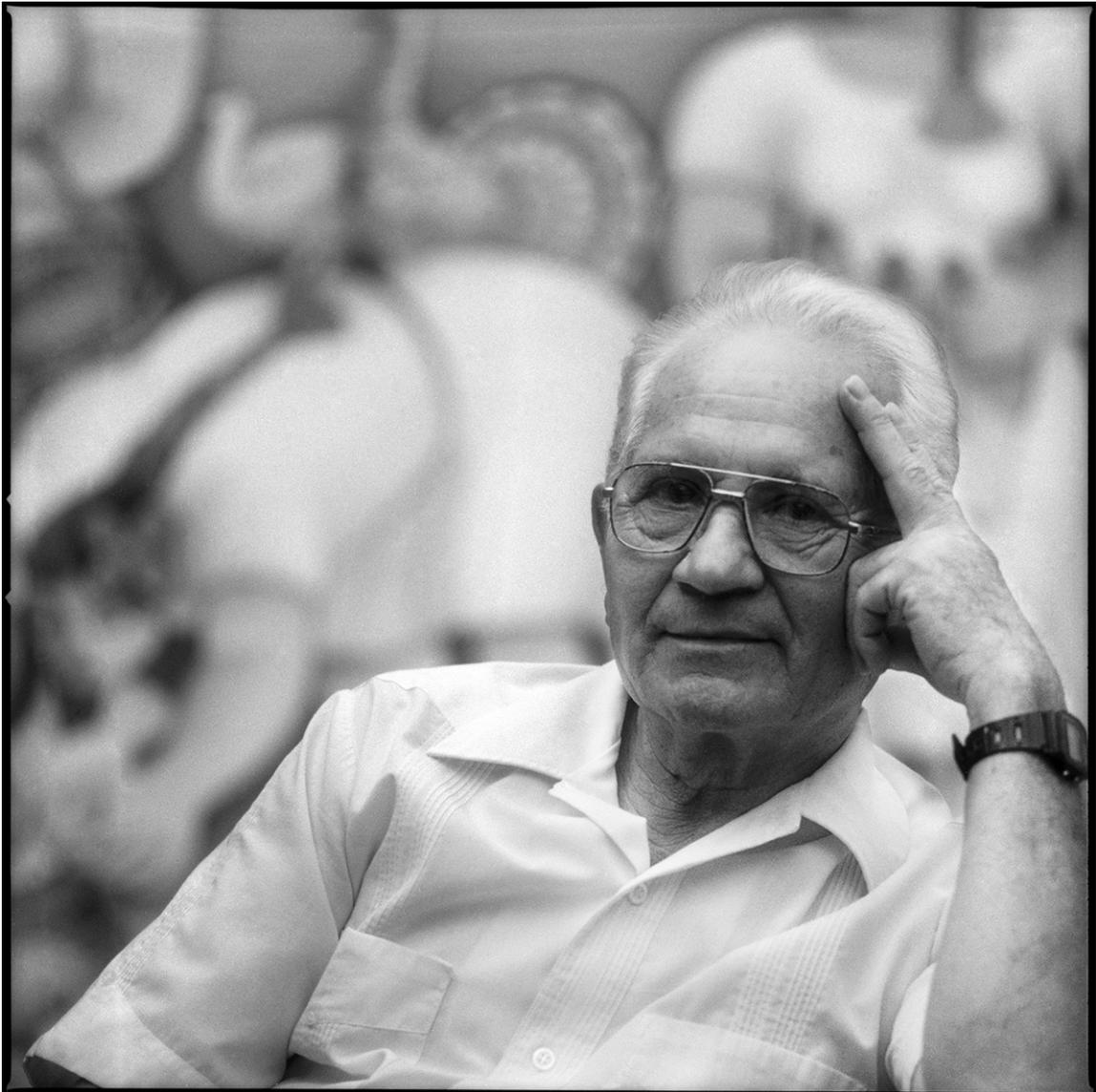
centro de la preocupación de un hombre que vive y sufre en determinado momento y en determinado lugar.

Según su posición ¿qué papel debe jugar el arte en el mundo contemporáneo?

Siendo el arte el producto de una forma específica del trabajo humano con las cosas y siendo ese trabajo un fenómeno de esencia eminentemente social, el arte debe ocupar un puesto de vanguardia en la tarea de crear aquellos valores que preocupan al hombre, no como individuo, sino como ser social.

Actualmente estamos viviendo una época de grandes transformaciones en todos los aspectos. Nuestro momento es de transición. El mundo que por más de trescientos años se había considerado como el mejor de los mundos posibles, se desmorona inexorablemente, sin que nadie, salvo los espíritus retrógrados, meta las manos por él. De las ruinas de ese mundo en decadencia, se levanta otro, más humano, más acorde con los ideales de una humanidad libre, desalienada.

El arte -en cualesquiera de sus manifestaciones- no puede ser indiferente ante este drama contemporáneo. Siendo, como hemos dicho, de esencia social y estando al servicio de un ser social, tiene que pronunciarse respecto a estos dos extremos: o con el mundo que se desploma porque ya agotó sus posibilidades históricas, o con el mundo que se levanta como una nueva etapa en la



Retrato de Moisés Becerra. Fotografía por Evaristo López Rojas, negativo en película blanco y negro formato 120mm. Ca. 1994.

historia del hombre. Mi arte se pronuncia, sin vacilaciones de ningún género, por lo segundo. Estoy con lo nuevo. Pero ese estar con lo nuevo no se reduce a una contemplación pura y simple, como cuando nos detenemos frente a una construcción para admirar a los hombres que se mueven en lo alto de los andamios. Mi arte va más allá: esta comprometido con quienes en este momento y en todas partes son los constructores heroicos y abnegados de ese mundo nuevo que se alza con grandes promesas y grandes realizaciones en pro del hombre.

En relación con Honduras y con los problemas del hombre hondureño ¿cuál es, a su juicio, la responsabilidad del arte?

Nuestra patria está en el mundo, y en el mundo de hoy; por eso también en Honduras nos sentimos estremecidos ante la necesidad de cambios esenciales en la estructura económica y política del país. Como parte de la humanidad, y para ser responsables con ella, los hondureños estamos obligados a construir en nuestro territorio la pequeña porción del mundo nuevo que nos corresponde.



Moisés Becerra. *La muerte del dragón*. Óleo sobre tela. 1995. Fotografía por Evaristo López Rojas en película reversible en color formato 120mm. Ca. 1995.

Eso significa, en mi opinión, que si el arte en general no puede menos que comprometerse con la obra de transformación revolucionaria que realiza la humanidad entera, el arte hondureño debe sentir ese mismo compromiso en lo que concierne a la lucha de nuestro pueblo por una Honduras nueva, una Honduras libre, una Honduras mejor.

Las viejas concepciones del arte por el arte han muerto; se han derrumbado las torres de marfil y, con ellas, se han venido abajo los delirios psicológicos de un arte vacuo, sin compromisos con el hombre histórico. De acuerdo con esto y con la realidad del presente, los artistas hondureños debemos modificar el orden tradicional de concebir el arte; debemos liberarnos de las

trampas seculares del individualismo egocentrista y hacer obra para las masas, es decir, un arte que se identifique con el pueblo, que le enseñe el mundo y que también le ayude a transformarlo.

¿Qué opinión le merece el resultado de la Primera Bienal Centroamericana y qué sugerencias podría usted formular para futuros eventos de esta naturaleza?

Las intenciones de la Bienal fueron buenas, pero los resultados de su primera exposición dejan mucho que desear. Pienso que el principal objetivo de los organizadores fue estimular la creación plástica de Centroamérica, la cual, por el subdesarrollo que gravita sobre nuestros países casi siempre constituye una aventura o un quijotismo. Ese buen propósito, a mi juicio, se frustró por la actitud nada estimulante del Jurado.

Puede afirmarse, entonces, que a la aventura de la realización plástica en Centroamérica, se le ha añadido una amenaza más; la de sufrir escarnio en los eventos organizados precisamente para estimular ese Quijote sin esperanza que es el pintor en nuestro medio. Quisiéramos saber qué artistas de calidad estarán dispuestos a participar de nuevo o simplemente a participar en la Bienal Centroamericana después de lo ocurrido. Por eso casi podría decirse que el Jurado la mató.

Hablando de arte, me veo obligado a decir que la ultravanguardia y la ultracrítica pecan de subjetivismo en todas partes y, por esta razón, no sólo se niegan las leyes generales del arte, sino la fe y las nobles esperanzas del pueblo que lucha por ser dueño de su propio destino. Creo que en la actitud del Jurado de la Primera Bienal Centroamericana hay mucho de ultravanguardia y ultracriticismo. Su veredicto, y más que su veredicto, su actitud, reflejan, no tanto el propósito de calificar a otros como el afán de calificarse a sí mismo.

¿Sugerencias?

Quizá una sola: que los jurados que se nombren en lo futuro sean escogidos entre una intelectualidad completamente madura, a la que no le haga falta recurrir al nihilismo para hacerse notar.

¿Está usted satisfecho con su carrera de pintor y con la situación que se le presenta acerca de realizar su obra lejos de la Patria?

La pintura no ha sido para mí una fuente de

grandes comodidades o de grandes riquezas. Sin embargo, a pesar de que así son las cosas y de que, a causa de ello, tengo que moverme en una estrecha realidad, no me arrepiento de ser pintor ni abomino de la pintura. Estoy, pues, plenamente satisfecho.

Ahora bien, puede alguien preguntarse el por qué de esa actitud, siendo que otra carrera pudo llevarme tal vez más lejos. Yo le respondo: porque la pintura es mi lenguaje; el medio que me permite decir a los hombres de mi época lo que pienso acerca de la realidad que nos baña a todos. Pero, además, porque para mí el arte es también un método que no solo permite reflejar el mundo en su esencia objetiva, sino que también contribuye a su cambio revolucionario. Ambas cosas me producen una profunda satisfacción personal, aunque estoy consciente de que un arte entendido así no tiene el mercado del dinero; lo que tiene es el mercado de la conciencia popular.

Lo anterior, por supuesto, se aparta de un hecho concreto: el que se refiere a la circunstancia de verme obligado a realizar mi arte lejos de la Patria. De esto sí no estoy conforme. El arte, a mi juicio, aunque es universal, debe tener sus raíces en un solo punto, si bien sus hojas y sus ramas pueden -y así conviene que se respirar todos los aires posibles.

El arte como instrumento de comunicación, debe decir algo; pero ese algo no puede ser cualquier cosa. Por ejemplo, no puede ser simple y llanamente la circunstancia en que el artista se ve a cada momento en su deambular por el mundo. Ese algo tiene que estar vinculado a la esencia de su vida, vale decir, al destino del pueblo a que pertenece.

Yo soy un hijo legítimo del pueblo hondureño. Nací y crecí en su seno. Tengo de él todo lo que, desde el punto de vista social, es capaz de darle a los hombres que engendra. Por eso mi compromiso como artista y como ciudadano es sólo con el pueblo hondureño, es decir, con su destino.

En el extranjero he pasado no poca angustia al suponer que la prolongada ausencia puede arrancarme de esa legítima responsabilidad e imponerme una responsabilidad extraña, adventicia. Para impedir esto no he dejado de pensar en la Patria, en sus problemas y en sus esperanzas. Mi pintura refleja precisamente esa



Moisés Becerra. *Sin datos técnicos*. Óleo sobre tela. 1997. Fotografía por Evaristo López Rojas en película reversible en color formato 120mm. Ca. 1995.

preocupación. Con ella y a través de ella espero cumplir con el deber que me impone la condición esencial de ser hondureño.

Milán, junio de 1972



Palabras de inauguración de una exposición de Moisés Becerra en el Instituto Hondureño de Cultura Interamericana. De izquierda a derecha podemos ver a Moisés Becerra, Longino Becerra, Ramón Villeda Bermúdez. Fotografía por Evaristo López Rojas, negativo en película blanco y negro formato 35mm.